

CORPOREIDAD, ENERGÍA Y TRASCENDENCIA. SOMOS SIETE CUERPOS (IDENTIDADES O NOTAS)

*Corporal life experience, energy and transcendence.
We are seven bodies (identities or notes)*

FRANCISCO BOHÓRQUEZ*

EUGENIA TRIGO**

Resumen

Este texto indaga la *vivencia corpórea*, esa complejidad que nos hace humanos y nos dota de identidad ante nosotros, los demás y el mundo. Es una contribución para zanjear la brecha de nuestra racionalidad obcecada y fomentar el diálogo de saberes y afectos, de culturas e intuiciones. Abordamos la corporeidad partiendo de nuestras vivencias y planteamos el concepto de “campo energético humano”, basados en la tradición y sabiduría orientales y en algunas investigaciones médicas. Proponemos que nuestra corporeidad está integrada por siete cuerpos, como dimensiones fundamentales para nuestra salud, transformación consciente y trascendencia.

Palabras clave: Corporeidad, siete cuerpos, campo energético humano, salud y vida.

Abstract

We seek to inquire the corporal life experience, like the complexity that makes us humans and with which we acquire identity and we present our being in front of ourselves, in front of others and in front of the world. It looks for contribution to settle the breach of our blinded rationality and travel into the dialogue of knowledge, affections, cultures and intuitions. We discuss about corporal's idea based in our life experiences and in the “human energy field”. This concept appear in some traditions and oriental wisdom principles, but also, in medicine researches. We propose the seven bodies like those corporal dimensions with which we make our health, our consciousness and our spiritual growth.

Key words: *Corporal life experience, seven bodies, human energy field, health and life.*

* Médico especialista en Medicina Física y Rehabilitación. Profesor Universidad del Cauca, Colombia. Candidato a Doctor en Ciencias de la Educación, Rudecolombia.

** Doctora en Filosofía y Ciencias de la Educación y en Educación Física. Profesora Universidad del Cauca, Colombia.

Sólo tan alto como puedo alcanzar, puedo crecer; sólo tan lejos como puedo buscar, puedo ir; sólo tan profundo como puedo mirar, puedo ver; ¡sólo tanto como puedo soñar, puedo ser!

KAREN RAVN

Abriendo el debate

Desde hace más de siete años en diversas publicaciones del equipo Kon-traste (Universidad da Coruña-España) hemos destacado la *corporeidad* como concepto fundamental de la Motricidad Humana (Kon-traste & E. Trigo, 1999; Kon-traste & Trigo, 2000). En Colombia a partir del año 2004, hemos continuado avanzando en nuevas preguntas: ¿qué sentidos aporta la corporeidad al sujeto latinoamericano?, ¿qué implicaciones personales tiene abordar estos conceptos?, ¿qué dimensiones se manifiestan en el descubrir corpóreo?, ¿cómo contribuyen a las praxis académicas o profesionales estas diferenciaciones?

La expresión “siete cuerpos”, para referirnos a las expresiones de la identidad humana, como dimensiones integradoras de la corporeidad, empieza a ser habitual entre los colegas de nuestra Universidad, surgiendo cuestionamientos por sus referentes teóricos y por su vínculo con la Motricidad Humana. Las explicaciones han sido que el sentido emerge en la comprensión del proceso vivencial-transformativo del sujeto y que hay muchos textos desperdigados en visiones de diversas procedencias, por lo que resulta necesario escribir ese texto.

Corporeidad

En las sociedades tradicionales el individuo está mezclado con el cosmos, con la naturaleza, con la comunidad y la imagen del cuerpo es una imagen de sí, alimentada con las materias primas que componen la naturaleza y el cosmos, en una especie de indistinción (Le Breton, 2002).

La corporeidad es mi ser en el mundo. El primero en hablar de él parece ser el filósofo francés Maurice Merleau-Ponty (1945) quien desde una mirada fenomenológica se preocupó por comprender el cuerpo, alejándose de la imagen cartesiana que separa cuerpo y mente, y de la imagen cristiana que concibe cuerpo y alma como entes separados. Nuestra corporeidad somos nosotros. Pero percibir nuestro ser como totalidad no parece algo fácil. La corporeidad es algo más que un concepto filosófico o antropológico. *La corporeidad somos nosotros como seres en el mundo*, pero esta no es una idea que baste entenderla, es una idea que requiere vivenciarse: incorporarse,

porque la historia nos separó del cuerpo para percibirlo como un “agregado material que cargamos encima”.

Para Zubiri (1986) el hombre es la vida trascendiendo en el organismo a lo meramente orgánico y estamos presentes en la realidad en cuanto somos expresión de nuestra *corporeidad*. Cree que el ser humano no “tiene” psiquis y organismo, como términos añadidos uno al otro, sino que “somos” psicoorgánicos, y desde este punto de vista, “somos una unidad sistémica de *notas*”. El concepto de notas integra lo que llamamos propiedades o cualidades, así como las partes constitutivas de una unidad; las notas son *analizadores* de una unidad que actúa y existe como *sistema*: la unidad de un constructo de notas en que la cosa existe. Toda nota, para Zubiri, lo es por estar articulada con otras en forma precisa; aunque pueden concebirse independientemente, sólo lo son cuando están integradas entre sí. El hombre es un complejo sistema de notas. De esta forma, como corporeidad, somos unidad sistémica de notas, a través de la cual actuamos: no tenemos un cuerpo que actúa, ni una conciencia que percibe sus actos; somos corporeidad consciente de nuestros actos (Zubiri, 1986: 43-63).

Morin plantea que la ciencia positivista fundada en la verificación empírica y la lógica crea una paradoja: aunque a diario crece el volumen del conocimiento, la sociedad naufraga en el error y la ignorancia. Para este autor vivimos en el paradigma de la simplificación formulado por Descartes, quien concibió al sujeto pensante separado del resto de sí mismo, su cuerpo. Morin plantea el paradigma de la complejidad, cuya ambición es mostrar el conocimiento multidimensional y articulado. Uno de los axiomas del pensamiento complejo es el principio hologramático. En un holograma¹ cada punto de la imagen contiene la totalidad de la información del objeto representado. Este principio permite superar el reduccionismo y el holismo, integrándolos; así aprehendemos por el todo y por las partes (Morin, 1990: 21-107).

Un fenómeno que nos hace conscientes de la corporeidad es la enfermedad. Cuando enfermamos, percibimos la fragilidad de nuestro cuerpo y nos percatamos que más que habitantes de un cuerpo, somos cuerpo. El dolor y los trastornos orgánicos nos dificultan cumplir con nuestros roles habituales, sacándonos de la cotidianeidad, del mundo externo. Nuestro organismo en crisis es el mundo en crisis. Además de sensaciones físicas surgen intensas emociones: rabia, miedo, ansiedad, frustración, etc. Nuestros pensamientos cambian de inmediato, niegan, reniegan, sospechan, anticipan;

¹ Holograma del griego, *holo*, ‘todo’, y de *grama*, ‘mensaje’: es un método de obtener imágenes fotográficas tridimensionales. En un holograma cada parte está en el todo y el todo está en las partes (para Pascal no se puede concebir al todo sin concebir las partes y no se puede concebir a las partes sin concebir al todo). Ello se evidencia en el mundo biológico –cada célula contiene en sus genes toda la información del organismo– y en el mundo social –cada ser contiene la información fundante de una comunidad–.

sufrimos. Enfermar nos hace conscientes de que estamos vivos y que podemos morir (Bohórquez, 2004). Confrontados por la enfermedad, acudimos a lo espiritual. La oración se transforma –para muchos– en opción terapéutica. Un universo totalizador se revela justo en el instante que nuestro ser se des-integra. En un hecho paradójico, reconocemos la unidad y compleja multiplicidad de nuestro ser justo cuando está más disgregada. “Eso” que parece des-agregarse en nosotros es la corporeidad. Enfermar nos da conciencia de ser unidad en la diversidad. Pero no sólo la enfermedad disgrega, casi toda la cotidianidad fragmenta. ¿Por qué vivimos disgregados?, ¿cómo está integrada nuestra unidad?, ¿para qué sirve comprender esto?

Nuestras vivencias

Cuando reflexionamos sobre nuestras vivencias, nos miramos y reímos de nosotros mismos, que es la mejor y más sana manera de reírse. Reímos de nuestra ingenuidad, de que hasta hace poco tiempo nos confundía la idea de *unicidad*, resultaba difícil asumir la integridad de nuestro ser; nos había acostumbrado a vivir fragmentados.

Eugenia: Más que un concepto, para mí la vida dejó de ser *vértigo* y se transformó en *energía*. Sucedió que un día empecé a tener “mareos”. Mi cuerpo desesperado gritó: ¡ya basta!, entonces, esperanzada busqué ayuda médica; pero muchos doctores hablan y escuchan poco, usan palabras extrañas, escriben con letra indecifrable y al final su única explicación es: “tómate esta medicina y te irás mejorando”. Este mal, que la medicina alopática llama “vértigo postural *benigno*”, fue atribuido al *estrés* y tratado por años con vasodilatadores. Un día llegaron las crisis y no soporté más. Necesitamos encontrar espacios donde, en lugar de palabras científicas y “serias”, surja el afecto, miradas de contacto y confianza; que nos dejen hablar con la *piel del alma*.

La curiosidad me llevó a otras búsquedas. En estos caminos comencé a escuchar la palabra “energía” y me “enseñaron” a sentirla. Me explicaron que “somos energía” y que ésta fluye en mí, entre nosotros y el universo. Yo había estudiado que la energía sólo se transforma, pero lo había entendido lógicamente; el día que *sentí* una esfera de energía entre mis manos, pude *comprenderlo*. ¿Qué era aquello? No había “nada” entre mis manos, ¿cómo era posible que sintiera un algo?, ¿por qué esta esfera tenía una dimensión exacta?, más allá se evaporaba y ¡no me permitía cerrar las palmas! Después, estando de pie, alguien me desplazó sin tocarme, ¡casi me caigo! y tuvieron que sujetarme.

Así, bajé la guardia de mi racionalidad y abrí nuevas miradas. Había otras maneras de comprender la realidad, surgidas de conversaciones entre la sabiduría oriental y la ciencia occidental (Goleman, 1997). Estas vivencias energéticas llevaban mi cuerpo a enraizarse y me energizaban por medio de masaje sensitivo, osteopatía, bioenergética,

homeopatía o reiki. Eran conocimientos que entraban directamente a mi piel. Gracias al deseo de sanar superé el miedo, muchos bloqueos y salí de una crisis existencial, adquiriendo fuerza y confianza; abrí la emocionalidad y mi inteligencia creadora (¡mi gran descubrimiento!).

Francisco: En mi caso, el cuerpo que en la infancia fue *limitación* ahora es *trascendencia*. En la infancia tras iniciar la primaria resulté poco hábil para el fútbol, hecho que me valió de mis compañeros un adjetivo doloroso: ¡eres un palo! Eso no sólo me aisló de los deportes, durante un tiempo fui excluido de la niñez “normal” y me torné un minusválido social. Después en la adolescencia, además de ser muy delgado, una curvatura en mi espalda añadió una carga adicional a mi cuerpo apareciendo una “joroba”, que dobló mi imagen corporal. Me desconsolaba mi imagen corporal. Sólo en la vida adulta pude emanciparme de mi cuerpo doblegado y descubrir que podía sentir, expresar y transformar mi ser. A ello contribuyó primero el atletismo, luego descubrir mi sexualidad y, finalmente, empezar a participar activamente de la vida universitaria.

Tuve el privilegio de estudiar medicina, y luego ser profesor universitario. Sin embargo, la medicina en su teoría poco me mostró de mí mismo; se requirió que ciertas crisis, coincidencias y personas llegaran a mi vida. Después de estudiar con los jesuitas criticé sus contradicciones y en la universidad me refugié en la perspectiva biomédica y socialista, me sentía seguro en el materialismo que explicaba racionalmente lo que la religión sólo veían como dogma. Siendo ya especialista, un espasmo me envió a reposar varios días y encontré un texto de un psiquiatra que descubría las múltiples vidas de una paciente que voltearon mi visión agnóstica. Sucesivas búsquedas me condujeron a una depresión que me hundió en el vacío del mundo, y entonces surgieron manos amigas que trajeron luz al mundo grisáceo que percibía y emprendí nuevos rumbos: conocí el Yoga, la Ciencia Cósmica y años más tarde la Motricidad Humana. Así, mi forma de sentir, pensar, hablar y reaccionar han ido cambiando.

Estos caminos de enfermedad y cura han re-organizado nuestras vidas, contextos, decisiones, roles y metas buscando superar incoherencias. La corporeidad es un proceso de autorreconocimiento y re-construcción continua. Nuestro mundo no está dado, es histórico; es una opción de re-presentarse uno a sí mismo ante los demás. Esta construcción surge de múltiples interacciones: íntimas, interpersonales y ecológicas. Pero es entre humanos que desenvolvemos nuestras potencialidades humanas; son los otros los que nos permiten ir siendo, en ese camino de “dar de sí”, de desdoblarse toda nuestra personalidad (ser corpóreo) de cara a esos horizontes de inmanencia-trascendencia. La vida es cambio y mudamos en el día a día; el desafío es seguir cambiando sin dejar de ser nosotros mismos. Buscado esta comprensión vemos que surge la necesidad de coherencia entre pensar, sentir y hacer.

En este diálogo de vivencias queremos ampliar nuestra capacidad de comprender y dar sentido a la existencia. Las “partes” que aprendimos en anatomía aisladamente,

ahora son unidad, totalidad. En los libros, en la universidad estudiamos el cuerpo físico separado de la psiquis y en ésta lo cognoscitivo aparte de lo emocional; otras realidades humanas, que después descubrimos, eran ignoradas, negadas o rechazadas, pues no pueden “medirse” ni controlarse por los métodos tradicionales y aceptados en la “ciencia” occidental. Entonces comenzamos a ponerle palabras a aquello que sentíamos, a aquello que nos estaba sucediendo en nuestra individualidad.

Energía Humana, Tradición y Sabiduría

La energía, según la física, es la capacidad para realizar un *trabajo*, es decir, la fuerza necesaria para la producción de *movimiento* en un cuerpo; se dice que el trabajo es energía en movimiento. Todo cuerpo posee energía como resultado de su movimiento, posición o en virtud de las fuerzas que actúan sobre él. Siempre que hay movimiento hay transferencia de energía, sea de una parte a otra del mismo cuerpo como entre los cuerpos que interactúan. Energía es capacidad de acción, que se puede manifestar en forma mecánica, térmica, química, eléctrica, radiante o atómica (Encarta, 2003).

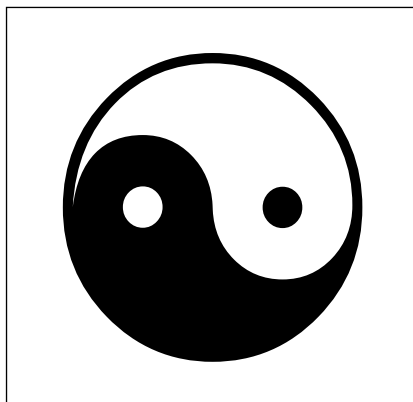
La medicina y la psicología se han preocupado durante siglos por la energía. En 1842 Mayer formuló la ley de la conservación de la energía, que afirma que en un sistema cerrado la cantidad de energía permanece constante a pesar de sus cambios internos. La biología nos enseña que los seres vivos utilizan energía para sus actividades vitales mediante un complejo conjunto de reacciones químicas denominado metabolismo. Para la psicología la energía es considerada la fuerza activa que impulsa las acciones humanas; según esto poseemos una energía psíquica, una fuerza o energía subjetiva que impulsa los procesos psíquicos (Currás & Dosil, 2001).

Sin embargo, más allá de las visiones monodisciplinarias, que estudian el cuerpo por un lado, la psiquis y el espíritu por otro, existen posturas integradoras que perciben al ser humano siendo y actuando como totalidad energética. Si la energía es capacidad de acción, debemos preguntarnos ¿cuál es la energía que nos permite actuar como seres humanos? Si bien nuestros sistemas orgánicos subsisten gracias a sus procesos metabólicos, ¿cuál es el resultado de su integración?, ¿existe una *energía humana*?, ¿el ser humano posee, o es, una forma de energía? Estas cuestiones conducen a otras: ¿qué diferencia hay entre la energía humana y la de animales, vegetales o minerales?; además, ¿cómo influye esta energía en nosotros?, ¿podemos percibirla?, ¿cómo interactuamos energéticamente entre humanos y con la naturaleza?, ¿influyimos consciente o inconscientemente en los cambios de esa energía?, ¿influyimos con nuestra energía en otros y otros en la nuestra? Extrañamente estos aspectos no son abordados en los modernos libros de biología o medicina. Sin embargo, hace más de tres mil años ya se hablaba de ello en textos sagrados orientales. ¿Pueden sus explicaciones ayudarnos a comprender estas incertidumbres?

La filosofía china, quinientos años antes de Cristo, dio dos respuestas a estas preguntas: Tao y Qi. Para los chinos el Tao (camino) es una manera de vivir y concebir el mundo, no religiosa, que permite comprender la existencia y sirve de guía para una completa salud. El Tao es una forma de pensamiento que se interesa por la vida en forma completa, armónica y trascendente. La medicina china considera que el *qi* o *chi* es aliento, y equivale al concepto de energía en la visión occidental, *chi* es la energía primordial que infunde, que da vida, a toda la naturaleza (Reid, 1989).

Qi, con mayúscula, es la suma total de toda la energía del cosmos, pero además hay un qi de la tierra, un qi del cielo, los cuales mezclados dan el qi que confiere energía vital a todos los seres vivos y, por ende, al hombre. El cosmos posee su propia energía: *tian qi* o energía celeste. Asimismo, el ser humano tiene un qi primordial (*yuan qi*) que recibimos al ser concebidos y según lo manejemos determina el tiempo de nuestra existencia; un qi que nos da vitalidad (*yang qi*) que se libera y acumula en el cuerpo durante la excitación sexual y el orgasmo; un qi nutritivo (*ying qi*) que se extrae de los alimentos y el agua y un qi protector (*wei qi*) que se produce a partir de los procesos de la digestión y se acumula en la piel y protege al organismo de los efectos nocivos de la naturaleza. Finalmente, para cumplir con su función el qi necesita un “campo” que lo impulse, de una tensión dinámica que le permita su acción, la cual surge del conjunto de fuerzas Yin y Yang (Reid, 1989: 22).

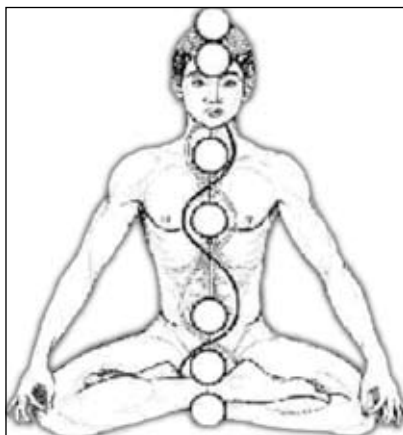
Yin y Yang son fuerzas mutuamente dependientes, constantemente interactivas y potencialmente intercambiables. El Yin es más fuerte y abundante que el Yang, pero el Yang es más visible y activo. Yin es lo nuboso, lo turbio; Yang, es lo claro, lo luminoso; Yin es principio de lo femenino, la tierra y Yang de lo masculino, del cielo. A pesar de su polaridad, ambas tienen en su interior la semilla embrionaria de la otra, como se ilustra en el signo circular cuya interacción genera la unión de los opuestos, el Tao que también se denomina Tai Ch'i (Wilheml, 1989).



Para los vedas, fundadores de la India, la energía era designada con la palabra *Prana*, que como Qi significaba aliento vital, la fuente básica de todo lo existente. El aire que respiramos está cargado con prana que al ser absorbido por la sangre es usado para nutrir al organismo; siendo además la fuente de pensamientos, voluntad o acciones. El Yoga da gran importancia al prana. Uno de sus ocho escalones es el *pranayama* o control de la respiración, cuya práctica permite regular la respiración voluntariamente y sustentar ejercicios, relajación y meditación. Respirar es el sustento vital y por ello debe ser un acto consciente que puede ser terapéutico (Farhi, 1998).

Según las clásicas tradiciones religiosas orientales: Brahmanismo, Vedanta y Budismo, los seres humanos existimos en siete planos, organizados en siete cuerpos y regulados por siete chakras o centros de energía. Los siete cuerpos se dividen en cuatro “cuerpos” inferiores: *físico, emocional, mental y etérico*; y tres superiores o *espirituales: ápnico, búdico y monádico*. Los inferiores son “vehículos de expresión” que a manera de envolturas o vestimentas dan la forma externa, nos permiten desenvolvemos en el mundo material y evolucionar conscientemente, pero a la vez nos limitan. Los cuerpos superiores son nuestra realidad trascendente; la Mónada o Esencia Divina es nuestro verdadero Yo (Iyengar, 2001). Para trascender las limitaciones materiales generadas en los apetitos instintivos, el engaño de los sentidos y las trampas del pensamiento y alcanzar la unión con el auténtico conocimiento –el espíritu universal o Brahma–, debemos liberarnos de los cuerpos de naturaleza inferior que nacen y mueren sucesivamente –ciclo de la reencarnación–, evolucionando de manera consciente para integrarnos espiritualmente (Eliade, 1998).

Cada cuerpo está regido por un chakra. Los *chakras*, del sánscrito *rueda que gira*, concentran y regulan la energía (*Shakti*) corporal. Localizados en el eje de la columna vertebral y en la cabeza, tienen la apariencia de una flor con sus colores y pétalos;



son influidos por uno de los elementos de la naturaleza e inciden sobre diversos órganos y conductas (Joshi, 1991). El cuerpo físico, regido por el elemento tierra, actúa por influencia del chakra *muladhara*, localizado en la base del sacro, de color rojo y con cuatro pétalos; es el centro regulador de la energía sexual, e influye órganos excretores, reproductores y los sistemas circulatorio y linfohematopoyético. El cuerpo emocional, influido por el elemento agua, está bajo la influencia del chakra *manipura*, localizado en la región umbilical, tiene ocho pétalos y color verde; influye en el sistema nervioso periférico, riñón, órganos sexuales internos, glándulas suprarrenales y piel. El cuerpo mental, influido por el elemento aire, bajo la influencia del chakra *svaddhistana*, localizado a nivel del epigastrio, sobre la región hepatoesplénica, tiene seis pétalos y color amarillo; influye los órganos abdominales y pélvicos, el tejido adiposo y la hipodermis. El cuerpo etérico o astral, influido por el elemento fuego, constituye la plantilla que da forma al cuerpo físico; es el cuerpo de memorias que contiene el registro de las experiencias que el ser ha vivido; está bajo la influencia del chakra *anahata*; localizado a nivel del corazón, tiene dieciséis pétalos, de color blanco, influye los órganos torácicos, páncreas, riñones, sustancia blanca cerebral, vasos linfáticos, corazón, médula espinal, piel y sistema óseo (Cairós, 1977).

Los cuerpos superiores (*ápnic*, *búdico* y *monádico*) son vehículos más sutiles, difusos e interpenetrados y los niveles de mayor vibración del *aura humana*. Vinculados con los tres chakras superiores, son en orden ascendente: *vishudda*, localizado a nivel de la laringe, con 12 pétalos y color azul; influye píloro, cardias, ojos, glándula tiroidea e hipotálamo. El primer chakra de la cabeza o *ahja-chakra*, ubicado sobre la glándula hipófisis, tiene color naranja, noventa pétalos e influye la secreción glandular de estómago, útero, hipófisis, pineal, tejido adiposo e hipotálamo posterior. Finalmente, está el *sahasrara*, séptimo chakra localizado en la glándula pineal, de color violeta, tiene novecientos sesenta pétalos, e influye encéfalo, lóbulo anterior de la hipófisis, pineal e hipotálamo anterior. Se han descrito correlaciones funcionales “bio-psico-generadoras”; basadas en los impulsos bipolares de estos centros bioenergéticos que son simultáneamente semejantes y opuestos, regulados por factores de equilibrio, representados en la siguiente tabla (Cairós, 1977).

Energía Humana y Medicina: Bioenergía

La investigación médica de la energía humana se remonta a Paracelso quien, en el siglo XVI, describió el *iliaster*, una fuerza procedente de la materia vital semejante a una esfera de fuego, responsable de la curación y el trabajo espiritual. Dos siglos después, Mesmer describió el *magnetismo animal*, una energía con la facultad de ser transmitida desde seres con virtudes curativas. En 1845, el alemán Von Reichenbach publicó hallazgos de observaciones realizadas con cristales o imanes en personas, animales y

Nombre de los chakras	Localización corporal	Nombre en Sánscrito	Color	Control	Polaridades Factor de equilibrio
Coronario	Coronilla	Sahasrara	Violeta	Espiritualidad	Espiritualidad/voluntad, Humanismo
Frontal	Entrecejo	Ajna	Oro Rubí	Intelecto	Humanismo/materialismo, Discernimiento
Laríngeo	Garganta	Vishuddha	Azul aguamarina	Ambiciones	Generosidad/ambición Realismo paciente
Cardíaco	Corazón	Anahata	Blanco	Temores	Miedo/osadía Fe en sí mismo
Esplénico	Región hepatoesplénica	Svaddishthana	Amarillo	Emotividad	Pasividad/violencia Autoestima
Umbilical	Plexo Solar	Manipura	Verde	Pasiones	Control/sometimiento Desapego
Fundamental	Órganos Sexuales	Muladhara	Rojo	Sexualidad	Creatividad/libido Amor a la familia

plantas en una habitación a oscuras, que mostraban emanaciones lumínicas de colores rojo, violeta, naranja y verde. En 1911, el inglés Kilner analizó el cuerpo humano visto a través de láminas con cristal de dicianina que mostraban un campo luminiscente, que denominó *atmósfera humana*, diferente en personas sanas o enfermas. En 1939 los esposos soviéticos Simeón y Valentina Kirlian desarrollaron en el Hospital de Alma-Ata *electrofotografías* de plantas o personas en cuartos oscuros que, irradiados con campos eléctricos de alta frecuencia, mostraban imágenes espectrales de colores, surgiendo la fotografía Kirlian, hoy día de amplio uso médico en Rusia (Barlett, 1995).

Con estos fundamentos Humio Inaba, en Tohoku, Japón, en 1936 demostró que la sangre de personas con cáncer o diabetes emite fotones más intensamente que los tejidos sanos. En 1940 de la Warr detectó radiaciones en tejidos vivos, surgiendo la *radiónica*, que permite localizar tejidos enfermos. Entre los años 30 y 50 Wilhelm Reich, colega de Freud, postuló la energía universal, que llamó *orgónica*, desarrollando la electroorgónica. Después de la Segunda Guerra Mundial los aportes soviéticos fueron notables. En los años 50 el Instituto de Bioinformación de Popov describió el *bioplasma* humano. Igualmente, auspiciada por la KGB, surgió la *Psicotrónica*, tecnología electromagnética destinada a interferir la actividad mental humana como arma de la Guerra Fría. Más recientemente (1967), Schlippenbach en la Universidad de Leningrado, mediante

electroaurogramas midió el campo electromagnético humano. En 1982, el rumano Dumitrescu demostró que los campos bioeléctricos humanos poseen frecuencias variables detectables mediante *energía electrodérmica* visibles sólo en enfermedades (Brennan, 1990: 40-45, Albino, 1996). Recientemente, Kaznacheev y Michaylova, del **Instituto Siberiano de Patología General y Ecología Humana**, descubrieron interacciones a distancia en cultivos celulares (1973); radiaciones superdébiles intercelulares (1981) y bioinformación en campos electromagnéticos naturales (1985) (Sinor, 2005).

Buscando aplicaciones terapéuticas Konikiewicz, del Centro Médico Harrisburg, Pennsylvania, descubrió en 1973 que los sentimientos negativos debilitan la intensidad de la corona interior Kirlian registrada en los dedos de la mano, y que la alegría y la excitación sexual la vuelve más intensa. En 1979 Thelma Moss demostró que tejidos de ratas inyectados con células cancerosas se distinguen de los sanos mediante fotografía Kirlian (Moss, 1979). Valerie Hunt, de la UCLA, encontró que cuando un sanador enfoca su mente conscientemente en un paciente se registran en el cuerpo un campo *escalar* una energía no radiante –sin frecuencia– y estacionaria, descrita por Tesla. Para Hunt (1989), la energía “*bioescalar*” permite controlar dolor, sanar tejidos traumatizados o frenar células cancerosas. Asociando estos esfuerzos, en 1987 fue fundada la IUMAB –*International Union of Medical Applied Bioelectrography*–, órgano máximo de la Bioelectrografía. Finalmente, en 1999 el Ministerio de Salud ruso reconoció formalmente la kirliangrafía como hecho científico, como también lo hizo la OMS (Savva, 2000).

Investigaciones realizadas con videntes, sanadores y curadores tradicionales han permitido comprender mejor la “medicina bioenergética”. Por ejemplo, Hiroshi Motoyama (1989) y Zin Yan (1999) midieron la energía Qi y las cargas eléctricas de los meridianos de acupuntura. Robert Beck demostró que las ondas mentales de los sanadores están sincronizadas con el campo magnético terrestre (resonancia Shumann) y John Zimmerman (1985), del Instituto Bioelectromagnético de Reno, reveló que los pacientes después de vincularse con su sanador asumen también el ritmo alfa electroencefalográfico de éste. John Pierrakos (1973, 1997) al igual que otros investigadores (Karagulla, Frost, Brennan) han demostrado que existe correlación directa entre los colores descritos por videntes del aura y los chakras con los estudios de kirliangrafía y bioelectrografía (Brennan, 1999). A pesar de la importante literatura, ésta es poco aceptada en revistas científicas tradicionales y muchos autores publican sus hallazgos independientemente o en revistas científicas “alternativas”. Quienes han asumido esta osadía se los mira con la sospecha de ser embusteros o de estar sesgados por creencias religiosas, místicas o mágicas (Savaa, 2000). ¿Por qué tanta dificultad en reconocer la importancia de la sabiduría y la medicina ancestrales? Yendo más allá, ¿qué aportan estos conocimientos bioenergéticos a nuestra vida cotidiana y qué implicaciones tienen para nuestra salud y educación?

Somos Siete Cuerpos (identidades o notas)

Después de lo dicho, consideramos fundamental realzar nuestra *identidad corpórea* como complejidad multidimensional integrada. Desde la perspectiva hologramática, la corporeidad no puede reducirse a un holismo amorfo que funde indiscriminadamente nuestra constitución, pero tampoco podemos resignarnos a la anatomía que nos ha disecado por siglos en cuerpo-mente llenos de dualidad. ¿Entonces qué somos? Somos un solo ser que se expresa en manifestaciones que podemos llamar *cuerpos, identidades o notas*, para referirnos a la complejidad humana. Buscamos encontrar palabras a nuestra percepción corpórea, un sentir como dice Merleau-Ponty que compartimos como humanos. Aunque quisiéramos evitar caer en descripciones, distinguir nuestras manifestaciones resulta importante si queremos comprender los procesos de des-integración en que caemos frecuentemente bajo la conciencia que nos impuso la ciencia cartesiana.

Superar la mirada cartesiana implica desprendernos del modelo de aprendizaje que considera la realidad susceptible de ser captada independientemente de quien pretende aprehenderla. Como dice Bárbara Brennan (1999: 44) la mayoría de nuestro conocimiento y herencia cultural se basa en el modelo metafísico que asume que la mente emana de la materia; ahora nuestro futuro nos plantea el enfoque hologramático que reconoce que la materia emana y evoluciona a partir del pensamiento, es decir, de nuestra corporeidad. Morris Berman (1987:179-80), al revisar los trabajos de W. Reich, afirma que:

No hay ninguna concepción en la mente del hombre que no hubiera sido primero captada por los órganos de los sentidos,... el aprendizaje se lleva a cabo mediante la acción,... el conocimiento es aprendido y generado, primero y fundamentalmente por el cuerpo, y es el cuerpo el que sufre cuando se requieren cambios serios. Una conciencia diferente es un cuerpo diferente.

Berman (1987: 214) cree que “cualquier aprendizaje,... es la adquisición de un rasgo de personalidad, y lo que nosotros llamamos ‘carácter’ (*ethos* en griego) se construye sobre premisas adquiridas en contextos de aprendizaje”. Reconocer tal *epistemología corpórea* implica que pensamos y conocemos con nuestra corporeidad. Aceptar nuestra totalidad, como integridad materia-mente-energía, genera otra cuestión: ¿para qué saber cómo conoce nuestro cuerpo? Una primera reflexión es que aunque conocemos y evolucionamos como unidad, aprehendemos el mundo mediante diferentes niveles de conocimiento. Ken Wilber nos dice que contamos con tres ojos: *el ojo de la carne*, por medio del cual percibimos el mundo externo: espacio, tiempo y objetos materiales; *el ojo de la razón*, que nos permite alcanzar el conocimiento filosófico y lógico, y *el ojo de la contemplación*, mediante el cual tenemos acceso a las realidades trascendentes (Wilber, 1983).

Para conocer y aprehender las distintas dimensiones de la realidad (material, intelectual y espiritual) necesitamos la *integración* de estos tres ojos, puesto que requerimos

percibir, adaptarnos y responder en forma diferencial a distintas realidades; infortunadamente, al actuar de manera desintegrada privilegiamos ciertos medios, ignorando o rechazando otros: “un racionalista es alguien que desechando el ojo de la carne y de la contemplación como poco fiables afirma que el único conocimiento posible es el de la razón, ese era Descartes”. Si bien el ojo de la razón puede y debe vincularse con el ojo de la carne para aprehender la realidad física y transformar el mundo, aprovechando la racionalidad, la percepción sensorial y la razón pura, sencillamente son incapaces de captar las realidades trascendentes y cuando lo intentan sólo llega a conclusiones contradictorias (Wilber, 1983: 13-33). En suma, sólo percibiendo el mundo armoniosamente podremos vivir en él en forma plena. Pero, ¿cómo aprehendemos la realidad íntegramente?

La sabiduría antigua habla de siete cuerpos. Veamos primero por qué siete. Entre los egipcios era un símbolo de vida eterna; simboliza un ciclo completo, una perfección dinámica. El siete simboliza la totalidad del espacio y del tiempo. Siete son los días de la semana y siete las esferas celestes. El septenario resume la totalidad de la vida moral, adicionando las tres virtudes teológicas: la fe, la esperanza y la caridad, y las cuatro virtudes cardinales: la prudencia, la templanza, la justicia y la fuerza. Los siete colores del arcoiris y las siete notas de la gama diatónica revelan el septenario como un regulador de las vibraciones, de las cuales varias tradiciones primitivas hacen la propia esencia de la materia (Chevalier y Gheerbrant, 1998). Sin embargo, la imagen que suele captarse de los siete cuerpos es biológica, como capas de cebolla superpuestas; es decir, son manifestaciones diferenciadas de nuestra única realidad, que están interpenetradas, son interdependientes y hacen parte de nuestra identidad, capaz de expresarse en diferentes *notas*.

¿Cuáles son estas notas de la complejidad humana? Proponemos que nuestra identidad corpórea se sustenta en siete cuerpos, análogos a los descritos por las tradiciones ancestrales, que se expresan como *notas* de nuestra corporeidad (Zubiri); para que nuestro ser sea una sinfonía necesitamos la participación armónica de todas las notas de nuestra escala. Creemos que es en consonancia que “resonamos” los humanos (Trigo, 2004). Para fluir humanamente en la escala personal, social y cósmica precisamos de la integración de siete cuerpos: físico, emocional, mental, inconsciente, cultural, mágico y trascendente.

Somos Seres Físicos: (*Sthula Sharira* en los vedas, *Limbus* de Paracelso, *Cuerpo Carnal* del cristianismo o *Cuerpo Denso* de la teosofía). Nuestro cuerpo material, orgánico o biológico, es palpable, tocante y tocado, receptor y transmisor, la ventana de nuestros sentidos, las sensaciones, la ventana del alma, es presencialidad, nuestra carta de presentación ante nosotros mismos, los otros y el mundo.

Somos Seres Emocionales: (*Linga Sarira* de los vedas; *Mumia* por Paracelso). Son las emociones y sentimientos los que entrelazados con nuestro ser racional nos hacen

humanos, no es lo racional lo que nos lleva a la acción sino lo emocional (Maturana, 1990). Somos el resultado inmediato de nuestras emociones, que determinan lo que es y sostiene nuestro cuerpo y nuestros pensamientos (Damasio, 1995, 2000).

Somos Seres Mentales: (*Manas Inferior* o *Karana Sharira* de los vedas, *Sideral* de Paracelso o *Mente Inferior* de la teosofía). Es cognición, razonamiento, memoria, análisis, síntesis, comparación, asociación, argumentación, crítica; en definitiva, lenguaje, lo que manifestamos al ser conscientes del mundo. Pero ni lo mental ni el lenguaje no son cerebro, ni están solamente allí. Nuestra mente es orgánica, emocional y espiritual, y se distribuye en cada una de sus células y se descubre en la interrelación entre el medio y el organismo (Principio Hologramático, Morin, 1990; Autopoiesis:² Maturana y Varela, 1984).

Somos Seres Inconscientes: (*Kama Rupa* y *Eidolon* de oriente, *Archaous* de Paracelso, o *Cuerpo de Deseos* de la teosofía.). A pesar de ser conscientes, buena parte de nuestra actividad psíquica transcurre en una gran oscuridad. Tenemos una “zona sumergida” de nuestra personalidad, de la que no somos tan conscientes; de naturaleza pulsional ésta actúa como depósito de recuerdos condensados, deseos reprimidos e impulsos primitivos, a los que no podemos acceder voluntariamente. Este cuerpo oculto de nuestro ser es el responsable de bloqueos, miedos, sueños, actos fallidos y de comportamientos involuntarios movidos por nuestros juicios morales que coaccionan nuestra posibilidad de ser (Bruno, 1997). Desde esta esfera provienen los impulsos y pasiones, que luego racionalizamos; es de allí que emanan los actos involuntarios, las somatizaciones, todas nuestras represiones y manifestaciones “neuróticas” y que controlan nuestra identidad que nos desafía a ser completamente conscientes y autónomos.

Somos Seres Culturales: (*Manas superior* por los vedas, *Adech* por Paracelso, o *Alma* en el cristianismo). Es el saber popular, el saber en construcción, el contexto, lo simbólico, el cómo hacer en lo cotidiano, nuestra historia, el imaginario colectivo. Se acerca a la idea de *inconsciente colectivo* de Jung que postula un conjunto de contenidos psíquicos comunes a la humanidad en general, heredado o adquirido por experiencia colectiva, que trasciende las diferentes culturas y crea analogías simbólicas entre éstas. (Currás & Dosil, 2001).

Somos Seres Mágicos: (*Cuerpo Búdico* por los indostanes, *Aluech* por Paracelso, *Consciencia* por el cristianismo y *Alma Divina* de la teosofía). Lo extrasensorial, lo que nos conecta con el cosmos, es la intuición, es lo mítico, la leyenda, los cuentos de hadas

² Entendemos por Autopoiesis la peculiaridad de ciertos sistemas homeostáticos, donde la variable fundamental que mantienen constante es su propia organización. Gracias a la organización autopoética los seres vivos se pueden definir como aquellos cuya característica es que se producen a sí mismos (Maturana y Varela, 1984:28).

y la sabiduría que vamos ganando con la madurez, con los cuales nos hacemos seres simbolizadores que no simbólicos (Cassirer, citado por Holzapfel, 2005).

Somos Seres Inmanentes-trascendentes: (*Atman* de los vedas, *Intimo* de Paracelso, *Padre* del cristianismo o *Mónada* por la teosofía). Es el camino desde el aquí y el ahora a la proyección, es el desde-dónde (Weischedel) y hacia-dónde, los presentes históricos-presentes-futuros, los horizontes, las luces que orientan el camino, el dar de sí, la creación, la espiritualidad. Es el camino del Tao; el sentido y el sin-sentido de la vida (Holzapfel, 2005).

Corporeidad, energía y trascendencia

En el momento en que damos un abrazo o resolvemos una ecuación, nuestra corporeidad actúa como unidad. Si en toda acción³ están presentes todos y cada uno de los siete cuerpos, aunque abrazar sea aparentemente un acto de “físico”, o el álgebra un acto “mental”, ¿cómo evidenciar su múltiple actuar?; es más, ¿es necesario ese análisis, esa diferenciación “objetual”?; ¿no estaremos cayendo en lo mismo de lo que queremos trascender?; ¿se puede “comprender” sin tratar de querer entenderlo todo?; ¿podemos integrar el conocimiento de la “ciencia occidental moderna-analítica” con el conocimiento de la “ciencia oriental tradicional-holística”?; ¿se puede explicar-describir lo que hacemos-sentimos-pensamos-deseamos-simbolizamos-intuimos-trascendemos, es decir, lo que somos? ¿Basta el lenguaje verbal ante tal complejidad?

¿Cómo comprender realmente cuando encarnamos?, ¿podemos salirnos de las letras, para entrar en nuestro interior y de ahí regresar a las letras? Es como un bucle de afuera (ambiente) a adentro (self: sí mismo) y del sí-mismo de nuevo a afuera. Entre lo exotérico y lo esotérico, entre ciencia e inmanencia. Es el eterno retorno. Un diálogo permanente para llegar a la tranquilidad de la ambigüedad bipolar del Tao (Yin-Yang); donde incertidumbre y realidades opuestas conviven sosegadamente y reconocen a la sabiduría en el fluir (Csikszentmihalyi, 1990). ¿Por qué resulta difícil comprender algo tan simple?, ¿por qué tantos textos –este mismo– tratando de explicar lo inexplicable? Comprender –aprehender plenamente–, requiere que hayamos vivenciado en nuestra “piel”, en nuestra corporeidad que es única y múltiple. Necesitamos aprender el lenguaje corpóreo (Bohórquez, 2004).

³ Entendemos la acción, siguiendo la filosofía de Arthur Blondel, como la interrelación entre pensamiento, intención-inquietud, energía, emoción, consciencia. La acción, por lo tanto, no es la “ejecución” sino todo aquello que iniciándose en la sensación, lleva a la ejecución (Ferrater Mora, 1958).

El saber corpóreo implica aprender con otros en contexto. Atrapados en lo cotidiano no percibimos nuestra realidad compleja; ciegos a ella colocamos la racionalidad como elemento básico de la comunicación. Razonando, competimos, nos aislamos y actuamos desde el miedo de fluir en la convivencia; sin conversar nos perdemos (Maturana, 1990), cuando es la emoción, particularmente el Amor, la guía de nuestro devenir. Al fluir amorosamente con los otros entramos en comunión: dialogamos. Dialogar es amar lo diverso y diferente en armonía con los ritmos naturales. Los diálogos nos hacen vibrar al unísono y sentirnos en presencia de “almas gemelas”, surgiendo la plenitud de la vida. Pero por efecto de la “estupidez” humana dejamos dominar la razón y nos distanciamos (Aprile, 2002; Marina, 2004). Así, enfermar no sólo es padecimiento orgánico, también es incomunicarnos, dejarnos arrastrar por pasiones, someternos a ideologías dogmáticas. Enfermar es fragmentarnos, depender de las manifestaciones parciales de nuestro ser.

La corporeidad se expresa en la conexión palpable con todo lo que nos rodea. Palpitar en armonía con el universo. Nuestros sentidos han de abrirse a la sensación, dejar que la emoción nos transmita percepciones que la memoria histórica convierte en sentimientos y con sentimientos saludables de fondo: calma, optimismo, confianza, alegría, bondad, amor; trascendentes, que Damasio describe en el acto de emocionarnos:

[Hay] tres etapas en el camino de la emoción: un estado de emoción (que puede ser desencadenado y ejecutado inconscientemente); un estado de sentimiento (que puede ser representado inconscientemente) y un estado de sentimiento vuelto consciente, que es conocido por el organismo que está teniendo emoción y sentimiento (Damasio, 2000:57).

¿Cómo se da este salto curativo que nos sana y nos unifica?: dejando “hablar” a nuestro ser íntegro, permitiéndonos fluir en la emoción del sentir, soltando amarras de nuestra racionalidad, riendo y llorando, acariciando y golpeando, pintando y escribiendo, escuchando el silencio: *aprendiendo a amar y a recibir amor* (Csikszentmihalyi, 1990). Cuando nos hacemos sensibles a nuestras vivencias fluye una nueva energía que nos hace conscientes de nosotros y nos libera: nos sentimos diferentes, renovados. El proceso de *curación* implica hacernos conscientes de nuestro ser, de nuestra intimidad, arribar a nuestros miedos y bloqueos, desentrañar aquello que nos impide respirar y comprender el lenguaje de la vida. Curamos cuando seguimos un proceso de encuentro con nuestro ser-total, re-encontrando nuestra corporeidad (Bohórquez y Jaramillo, 2005).

Colofón: y todo esto ¿para qué?

En Colombia, en general en Latinoamérica, todo ese proceso energético se ha venido acentuando y ha generado percepciones diversas. ¿Por qué?: ¡Porque somos pasión!;

somos *energía*. Todos los humanos lo somos. ¡Es evidente! Latinoamérica aún vibra y siente. En Colombia sentimos esta vibración fuerte, aunque está cada vez más acorralada por la estupidez que nos impulsa a desintegrarnos. Pero cuando viajamos por las sinuosas carreteras, cuando nos adentramos en sus trochas, mares y ríos, ¡se percibe tan claramente! Un día, viajando por estos bellos paisajes, surgió una percepción: América mestiza necesita aprender a *sorprenderse* de sí misma y a *maravillarse* de su esplendor. Necesitamos aprender a aprender de nuestra *energía* fluyendo en plenitud, para poder recordar al mundo cuál es el camino *trascendente* de la humanidad. El camino son sus curvas, subidas y bajadas, son llanos y picos, que han de ser paseados, nadados, danzados, cantados, dibujados, acariciados, besados en la calma y con la fuerza de su propio amor. Ese *Amor* que es la energía trascendente, integra nuestra corporeidad, nos une y nos da sentido.

Bibliografía

- Alvino, G.** (1996). *The Human Energy Field in Relation to Science, Consciousness, and Health*. Documento electrónico consultado el 23-03-06 en los sitios Web: <http://www.vxm.com/21R.54.html> y <http://www.vxm.com/21R.43.html>
- Aprile, P.** (2002). *Elogio del imbécil* (3ª ed. Vol. 1). Madrid: Temas de Hoy.
- Barlett, S.** (1995). *El aura y su interpretación*. Barcelona: Mens Sana Editores.
- Berman, M.** (1987). *El reencantamiento del mundo*. (Trad. De Sally Bendersky y Francisco Huneeus, de *The reenchantment of the world*, Cornell University Press, Itaca, 1981). Santiago de Chile, 7ª edición, 2001: Cuatro Vientos.
- Bohórquez, F.; Córdoba, C. I.; Hormiga, M.; Molano, N. J.; Pazos, C. I.; Rodríguez G. H.; Torrez, V.** (2005). *Salud y educación, un desafío humanizador*. Universidad del Cauca. Popayán.
- Bohórquez, F. y Jaramillo, L.G.** (2005). *El diálogo como encuentro: aproximaciones a la relación profesional de la salud-paciente*. Index de Enfermería. (España) año XIV, N° 50: 38-42.
- Brennan, B.** (1990). *Manos que curan*. Traducción de *Hands of light*, por Diorki, S.A., publicado por Bantam Books, 1987. Primera reimpresión, Bogotá, 1993: Ediciones Martínez Roca.
- Bruno, F. J.** (1997). *Diccionario de términos psicológicos fundamentales*. Barcelona: Paidós Studio.
- Cairós, Víctor** (1977). *Los siete chakras y la conducta*. Documento electrónico con acceso 27 de abril de 2002 en <http://feibert.com/feibert/Articulo/Chakras/chakras1.htm>
- Capra, F.** (1982). *O Tao da Física* (J. F. Dias, Trans. 1ª ed. Vol. 1). São Paulo: Cultrix.
- Csikszentmihalyi, M.** (1990). *Fluir. Una psicología de la felicidad*. (N. López, Trans. 1 edición, mayo 1997 ed.). Barcelona: Kairós, 1996.

- Currás, C. & Dosil, A.** (2001). *Diccionario de Psicología e Educación* (1ª ed.). Santiago: Xunta de Galicia.
- Damasio, A.** (2000). *O mistério da consciência* (L. Teixeira, Trans. 1ª ed. Vol. 1). Brasil: Companhia das Letras.
- Farhi, D.** (1998). *El gran libro de la respiración*. Intermedio editores - Robin Book. Bogotá.
- Ferrater Mora, J.** (1958). *Diccionario de Filosofía*. En. Salamanca: Salamanca.
- Goleman, D.** (1997). *Emoções que curam. Conversas com o Dalai Lama sobre mente alerta, emoções e saúde* (C. G. Duarte, Trans. 1ª ed. Vol. 1). Río de Janeiro: Rocco.
- Holzappel, C.** (2005). *A la búsqueda del sentido* (1ª ed.). Santiago de Chile: Sudamericana.
- Hunt, Valerie** (1989). *Infinite mind: Science of human vibrations of consciousness*. Malibu. Malibu publishing company.
- Iyengar, B. K. S.** (2001). *El árbol del yoga (The Tree of Yoga) [1988]*, Barcelona: Kairós.
- Kolyniak, C.** (2005). Propuesta para un glosario inicial para la ciencia de la motricidad humana. En: Trigo, Hurtado y Jaramillo (Eds.) *Consentido* (29-38). Popayán-Colombia.
- Kon-traste, & Trigo, E.** (1999). Creatividad, motricidad y formación de colaboradores. Una experiencia de investigación colaborativa. *Apuntes, N° 56*, 113.
- Kon-traste, & Trigo, E. y. c.** (1999). *Creatividad y Motricidad* (Vol. 1). Barcelona: Inde.
- Le Breton, D.** (2002). *La sociología del cuerpo* (P. Mahler, Trans. 1ª ed. Vol. 1). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Marina, J. A.** (2004). *La inteligencia fracasada* (1ª ed. Vol. 1). Barcelona: Anagrama.
- Maturana, H. y Varela, F.** (1984). *El árbol del conocimiento*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, decimoséptima edición, 2005.
- Merleau-Ponty, M.** (1945). *Fenomenología de la percepción*. (T. d. J. Cabanes., Trans. Quinta edición 2000. ed.). Barcelona: Ediciones Península.
- Morin, Edgar** (1990). *Introducción al Pensamiento Complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Moss, T.** (1979). *The Body Electric* (Ph.D.) J.P. Tarcher, Inc. Los Ángeles.
- Motoyama, Hiroshi** (1981). *The Functional Relationship Between Yoga Asanas And Acupuncture Meridians*, a paper from Healing in Our Times, Quest, Nov. 6, 1981.
- Pierrakos, J.** (1973). *Core Energetics, Developing the Capacity to Love and Heal*, LifeRhythm, Mendocino, California.
- Reid, D.** (1989). *El tao de la salud, el sexo y la larga vida*. (J. Mustieles, Trans. Primera ed.): Ediciones Urano.
- Ribeiro, A.** (2003). *O corpo que somos. Apariência, sensualidade, comunicação* (1ª ed. Vol. 1). Lisboa: Notícias.
- Savva, Savely** (2000). *Alternative biophysics: investing in the study of the biofield*. Monterey Institute for the Study of Alternative Healing Arts (MISAHA) *MISAHA Newsletter*,

- Monterey, CA, Feb. 24, 2000 Issue #24-#27. Documento electrónico: <http://www.geocities.com/misaha93923/alternative.html>, consultado el 24-03-06.
- Sinor** (2005). Página WEB del Siberian Branch of Russian Academy of Medical Sciences in Novosibirsk city. [http://www.sinor.ru/~che/index\(en\).htm](http://www.sinor.ru/~che/index(en).htm), consultada el 28-03-06.
- Wilhelm, R.** (1989). *El libro de las mutaciones* (D.J. Vogelmann), Trans. primera edición ed.). Bogotá: Editorial Solar.
- Wilber, K.** (1983). *Los tres ojos del conocimiento* (D. G. Raga, Trans. Cuarta edición, enero de 2003 (Primera, noviembre de 1991) ed. Barcelona: Kairós, S.A.
- Yan, Xin; Lin, Hui; Li, Hongmei; Traynor-Kaplan, Alexis; Xia, Zhen-Qin; Lu, Feng; Fang, Yi; and Dao, Ming.** “Structure and Property Changes in Certain Materials Influenced by the External Qi of Qigong”, *Material Research Innovations*, 2 349-359 (1999).
- Zimmerman, J.** (1985). New technologies detect effects of healing hands’, *Brain/Mind Bulletin*, Vol. 10, N° 16 September 30, 1985.
- Zubiri, X.** (1986). *Sobre el hombre* (1ª ed. Vol. 1). Madrid: Alianza / Fundación Xavier Zubiri.